

El gran desarrollo material en tiempo de Jeroboam II creó grandes desigualdades de condición. La idea más arraigada en aquellos tiempos antiguos era la de que hay pobres porque hay ricos. Las leyes utópicas del año jubilar sólo existían en las hojas del jehovahismo, y realmente tales leyes no estuvieron nunca en ejercicio. El principio fundamental de las sociedades patriarcales, la igualdad de los jefes de familia, se violaba indignamente.

Dicha derogación de las antiguas costumbres tuvo sus consecuencias ordinarias en Israel, es decir, una recrudescencia del espíritu profético más ardiente. En Jonás, parece que el patriotismo hizo callar sus deseos de revuelta social. Bastóle con la alegría de ver humillado a Eloab. Pero no sucedió lo mismo con otros exaltados. El contraste de la situación entre ricos y pobres, la persuasión de que la riqueza es siempre fruto de la injusticia, de que la usura y el préstamo sobre alhajas son actos de inhumanidad, el horror al lujo y a las comodidades de la vida excitaron las aclamaciones más violentas. Un tal Amós, ganadero de Telkoa, fue el intérprete de las protestas de la democracia teocrática contra las necesidades de un mundo que huía cada día más de los sueños infantiles.

Podemos afirmar que el primer artículo de periódico intransigente lo escribió Amós ochocientos años antes de Jesucristo. Tenemos doce obras de este modelo de publicistas radicales, que pueden contarse entre las páginas más extrañas que nos ha legado la antigüedad. Esta voz fue la primera de tribuno oída por el mundo. La masa de los escritos asirios, egipcios y chinos es mentirosa y aduladora. Surgía por fin un descontento, que se atrevió a alzar la voz y a protestar de la felicidad oficial ante un juez amigo del débil, que era Dios.

Su estilo es caprichoso, estudiado, semejante en ocasiones al de Job. No ve más que un horizonte estrecho, que no se extiende más allá de Damasco y de Tiro. No sospechaba nada del poderío asirio. La pequeña zona que abarcaba su vista estaba llena de una gran piratería. Era la batalla de todos contra todos, una especie de trata de blancos organizada. Las tribus guerreras invadían las tribus agrícolas, para llevarse hombres y mujeres y vendérselos a los jonios, es decir, a los griegos. Nacía entonces la civilización a orillas del Mediterráneo; eran necesarias nuevas fuerzas, y la esclavitud adquiría enorme desarrollo. Recordemos que en los poemas homéricos, los fenicios proveen de esclavos al mundo entero. Israel era una de las razas de la que más se beneficiaba esta industria horrible, y el ganadero de Telkoa miraba con horror tales escenas.

La teología de Amós era muy parecida a la del libro de Job. El antiguo elohismo había triunfado. Jehová era un Dios casi sin matiz individual, como Alá para los musulmanes. Igual al de la Historia jehovahista, el Jehová de Amós era antropopático en grado sumo. Se arrepiente de haber herido con demasiada fuerza y suspende los severos preparativos de los castigos. Las plagas naturales son todas ellas actos directos de su voluntad; castigos con que Jehová incita al pecador a que se arrepienta. La

verdadera religión es obrar bien y aborrecer el mal. Obrando bien, se conserva la vida; obrando mal, se busca la muerte. Lo más indignante para Amós es el bienestar del reino de Jeroboam II y que esa falsa prosperidad induzca a los hombres políticos a decir: «Por nuestra fuerza hemos conquistado el poderío.» Para Jehová, éste es el crimen por excelencia, el que entraña definitivamente la ruina.

A pesar de haber nacido en la tribu de Judá, a Amós le preocupa principalmente el reino del Norte, lo que llama «la casa de José». Indudablemente está muy exagerado el cuadro que traza de los crímenes que se cometían en el palacio de Samaria. Hombre de oposición a todo trance, Amós lo ve todo negro. Las multas, los impuestos, el pago de intereses por las deudas, las compensaciones pecuniarias de que se aprovechaban los jueces, le parecían maldades inventadas por las clases dirigentes animadas por la idea de molestar al débil.

Las mujeres, a las que llama «vacas de Basan», originan todos los abusos y oprimen a los pobres, pidiendo a sus maridos que les den buena vida. No hay justicia para el pobre, y el lujo es un tributo cobrado a su sudor.

Amós pensaba sobre los malos ricos, los comerciantes ladrones, la gente de negocios, y los acaparadores como piensa un hombre del pueblo, ajeno a toda idea de economía política.

Tal batalla contra el progreso de la civilización en nombre de la idea patriarcal era la consecuencia de un estudio religioso mucho más avanzado que el de los demás pueblos, así como actualmente vemos que los problemas socialistas se plantean más ásperamente en los países donde se han quebrantado las antiguas creencias religiosas. Los pueblos ignorantes y devotos a quienes se paga con letras sobre la otra vida toleran más pacientemente que los desengañados las iniquidades inherentes a la sociedad humana. La política de Amós era la de un pueblo que no cree en las recompensas ni en los castigos de lo porvenir, y por consiguiente anhela que reine en la tierra la justicia absoluta. La seguridad en las compensaciones de ultratumba reduce mucho el odio a la injusticia.

Amós tiene severos juicios sobre el culto de las tribus del Norte. Betel, Galgal, Dan y Bertebe son para él los centros de un culto importante e idólatra. Anuncia que perecerá Israel, reino pecador, pero que se salvará Judá, y que el reino de David, restaurado, reconquistará los pueblos sobre los que se pronunció en otro tiempo el nombre de Jehová, así como aquellas fronteras cuyos horizontes extremos, al Norte y al Sur, eran Hamat y Asiongaber.

Esta apasionada rebelión contra el régimen establecido, esta falsa situación de un judaíta que predicaba el anatema y la destrucción en pleno reino de Israel, era muy difícil de sostener. Anunció Amós una plaga de langosta, la caída del fuego del cielo y una devastación absoluta del reino: la raza de Jeroboam II sería pasada a cuchillo. En Betel, donde ejercía Amós su terrorífico ministerio, se produjo un gran alboroto. El profeta fue denunciado al rey de Israel por Amasiab, sacerdote de Betel, quien advirtió que el país no podía soportar a un hombre que

anunciaba constantemente el exterminio de la casa real y la deportación del pueblo. Al mismo tiempo aconsejó sinceramente a Amós que se volviera a Judá a vivir en paz; pero Amós no cedió y siguió lanzando profecías terribles contra el Estado y el sacerdote de Betel.

Por un terremoto que hubo dos años después de las amenazas de Amós, parecieron justificarse estas predicciones sombrías, y los acontecimientos posteriores las justificaron más aún. Tal vez Amós entreviera la próxima entrada de los sirios en escena. No pocas veces utilizaban los profetas noticias personales y su sagacidad propia para adivinar lo venidero.

Tenemos otro documento profético sin fecha, escrito en un estilo muy parecido al de Amós, y atribuido a un llamado Joel. Creemos que este nombre es simbólico y su obra una continuación de la de Amós. Una invasión de langosta, seguida de sequía, motivó el que se diera importancia al tal documento, en el que se dice que las plagas no son elementos que se conjuran, sino actos de un Ser Supremo, que no obedece más que a un móvil moral. Las plagas son anuncios de la justicia divina. Las langostas son los jinetes fantásticos de un ejército de invasión impulsado por el castigador universal. Después de tales azotes precursores y de los abrasadores ardores del juicio de Dios, vendrá una época de felicidad, durante la cual reinará soberanamente Dios en una tierra renovada.

Con estas ideas se llenó la imaginación de Israel hasta el primer siglo de la era cristiana y fueron el origen del más extraordinario de los movimientos religiosos. Eran un fruto tan natural de los principios más arraigados de Israel sobre la justicia de Dios y la mortalidad esencial del hombre, que forzosamente habían de nacer al llegar Israel a la reflexión. Representaban la equivalencia del sistema de reparaciones tardías que concibieron otras razas en forma de inmortalidad del alma.

Poseemos también otra página profética, atribuida a Abdías, que debe de ser de la misma época. En ella se hace referencia principalmente al país de Edom. Cada año hubo complicaciones nuevas entre Judá, Israel, Edom, Moab y Amón, por lo que resulta inútil querer determinar el momento exacto a que alude el documento. El odio entre aquellos pueblos era siempre igual y la misma era la violencia de las declamaciones. De un pasaje de este escrito se deduce que en una de las aventuras guerreras de aquel tiempo, fue sorprendida Jerusalén, y sólo se salvó la ciudadela, gracias a lo recio de sus muros. Hasta el templo debió de ser profanado por las orgías de los vencedores. Semejante hecho es muy posible, aunque lo haya querido ocultar el historiógrafo oficial.

Existe otro fragmento profético, que parece referente a aquel tiempo. El autor no habla palabra de los asirios. Deplora la división de ambas mitades de Israel; está lleno de ira contra Damasco y los países arameos, contra Hamat, Tiro y Sidón, países sabios según el mundo, de una sabiduría y civilización totalmente profanas. Como las ciudades filisteas, todo aquel mundo rico y poderoso será destruido por el fuego, pero luego podrá convertirse y fundirse honrosamente con Judá.

La imaginación de Israel compensaba con estas fantasías las decep-

ciones de la realidad. Anúnciase entonces por primera vez que vendrá un rey justo y victorioso, humilde, montado en un asno, y que dictará la paz a las naciones. Éstos son los primeros rasgos del rey Mesías, que ha de realizar todas las esperanzas de la nación. Éstos son los caracteres que le atribuyeron Isaías y Miqueas. Todo está ya en estos profetas antiguos. Todo lo que salió a plena luz en tiempo de Ezequías se había ya expresado con claridad reinando Jeroboam II y Ozías.